

La Peste de Marsella, 1720

En Marsella, capital de la Provença francesa, ocurrieron muy diversas epidemias a lo largo de la historia. Según Jean-Pierre Papon¹, “*en el espacio de diecisiete siglos, que son los pasados desde Julio César hasta principios de nuestro siglo, se han sufrido treinta epidemias de peste, y sólo en el siglo XV se sucedieron nueve*”.

Paul Gaffarel², en su muy documentada obra *La Peste de 1720 à Marseille & en France*, publicada en 1911, reportaba que esta ciudad sufrió la peste por primera vez en 1347, y después se produjeron brotes en 1476 y 1484. Durante el siglo XVI se tuvo noticias de hasta catorce episodios pestosos, en 1505-1507, 1537, 1530, 1547 (8.000 muertos), 1556-1557, 1580 (30.000 muertos), 1581-1582, 1586-1587 y 1598.

En el siglo XVII, después de afectar gravemente la ciudad de Digne, Arles y Aix-en-Provence en 1629, volvió a invadir Marsella a partir del 22 de febrero de 1630, provocando el éxodo de 60.000 habitantes. Entre 1649-1650 volvió a producirse una grave epidemia, reportándose 100 muertes diarias durante el momento álgido de la epidemia. La ciudad de Marsella, por tanto, tenía experiencia en este tipo de contagios y no estaba mal administrada. Cuando se produjo el gravísimo episodio de 1720, según Gaffarel, “*los asuntos municipales estaban dirigidos por un personal de élite, pues los cuatro Concejales encargados de los asuntos de la ciudad, Jean-Pierre Moustier, Jean-Baptiste Estelle³, Balthazar Dieudé y Jean-Baptiste Audimar, pertenecían a la burguesía marsellesa y habían dado buena prueba de su capacidad*”.

El 31 de enero de 1720 salió del puerto de Sayda (Sidón, Líbano) el velero *Grand Saint-Antoine*, comandado por el capitán Jean-Baptiste Chataud. Su cargamento estaba compuesto por numerosos sacos de cera y 500 de ceniza, necesarios para su lastrado y absorción de la humedad, pues esta era perjudicial para el resto de mercancía: sedas, algodones, lanas, pieles y plantas de tintura. El barco salió de Sayda con la “patente limpia”, lo cual indicaba que no existía peste en aquel momento.

Tras sufrir una fuerte tempestad, el barco se vio obligado a dirigirse al puerto de Trípoli y reparar allí los desperfectos provocados. En esta ciudad se recogieron algunos pasajeros turcos, cargados de mercancías, para llevarlos a la isla de Chipre. El propio cónsul francés entregó al capitán Chataud una segunda “patente limpia”, en la que se declaraba que en Trípoli no había indicios del mal contagioso y podía partir sin más dilación (3 de abril). Efectivamente, la peste no se había manifestado en aquella ciudad cuando la nave partió, pero apareció pocos días después.

Uno de los turcos que permanecía en la nave cayó enfermo durante la travesía y murió pocos días después, ordenándose a dos marineros que tiraran el cuerpo al mar. Apenas tocaron el cadáver, el contraatastre les ordenó retirarse y pidió a los turcos que cumplieran los últimos deberes con su compañero fallecido, que fue lanzado al mar junto a sus pertenencias y las cuerdas que habían servido para arrastrar su cadáver.

¹ Jean-Pierre Papon, conocido como l'abbé Papon, fue un religioso francés, orador e historiógrafo de la Provenza y de la Revolución Francesa. En 1800 publicó, en dos tomos, la obra *De la Peste, ou Époques mémorables de ce fléau et les moyens de s'en préserver*, en la que detallaba la historia de la peste, desde la Atenas de Tucídides hasta la de Marsella de 1720.

² Historiador y geógrafo francés, profesor de la Facultad de Letras de Dijon, publicó esta obra sobre la epidemia de Marsella en colaboración con el Marqués de Duranty.

³ Jean-Baptiste Estelle era un hombre rico que negociaba sobre todo con mercancías provenientes del Próximo Oriente y había trabajado en el consulado de Sayda.

Sin embargo, los dos marineros que habían tocado levemente el cadáver del turco enfermaron y murieron poco después. Ciertamente, según escribía Gaffarel, el capitán hubiera debido interrumpir su viaje y entrar en cuarentena en alguno de los lazaretos del Mediterráneo, pero se limitó a desembarcar los pasajeros turcos en Chipre, recoger otra “patente limpia” del cónsul francés y proseguir con el viaje (18 de abril).

Siguieron navegando hacia las costas de Provenza, y a los pocos días murieron otros dos marineros y el cirujano que los había atendido. Cuenta l’abbé Papon que el capitán Chautaud, “*asustado por los acontecimientos sucedidos, sospechó de la causa y habiéndose separado del resto de la tripulación, se retiró a la popa del barco, desde donde daba las órdenes necesarias para el gobierno y conducción de la nave*”. Al llegar a Cagliari, quiso recalar en su puerto, pero para su sorpresa, se le impidió hacerlo, con la amenaza de recibirlo a cañonazos. Según Caffarel, la causa era que “*el virrey de Cerdeña, Saint Remis, había soñado la noche precedente que la peste devastaría su gobierno*”. Los habitantes de Cagliari tomaron como un loco a su virrey, hasta que supieron más tarde que aquel barco llevaba la enfermedad en su interior.

Cuando pasaban cerca de Livorno, otros tres marineros cayeron enfermos, por lo que la nave recaló en esta ciudad y los tres afectados, que murieron poco después, fueron visitados por el médico y el cirujano del lazareto. Sin embargo, éstos concluyeron que no se trataba de peste sino que las muertes fueron producidas por “*fiebres malignas de un carácter contagioso*”, provocadas por la ingestión de alimentos en mal estado.

Por tanto, con nueve fallecidos en total y recibida una nueva “patente limpia”, el capitán Chataud zarizó rumbo a Marsella (19 de mayo), donde llegó seis días después, 25 de mayo, haciendo entrega del certificado en regla a los Intendentes de la Salud⁴, a los cuales reconoció que habían muerto algunos hombres de su tripulación, aunque sin decirles que él mismo sospechaba que se trataba de peste.

Sorprendentemente, el barco ancló en la isla de Pomègues, en la rada de Marsella, en lugar de ir directamente a la isla de Jarre, donde habitualmente se pasaban las cuarentenas. Los Intendentes de Sanidad examinaron las patentes del barco y ordenaron una cuarentena preventiva, aunque en primer lugar hicieron transportar las mercancías a la enfermería.

Parece ser que una parte de este cargamento pertenecía al Concejal Estelle y a sus asociados, por lo que algunos pensaron que utilizó sus influencias para que los intendentes sanitarios autorizaran el desembarco de las ricas mercancías, que debían ser vendidas en la Feria de Beaucaire, que debía celebrarse a partir del 15 de julio siguiente. Otros pensaron que Estelle, conocedor de la furia de la peste por sus estancias en el Próximo Oriente, jamás habría presionado para que se desembarcara una mercancía tan peligrosa, que, además, tampoco era tan valiosa si se comparaba con su fortuna.

Sea como fuere, Estelle fue juzgado, pues el gobierno pensó al principio que era el responsable de todo el desastre. Pero enseguida la Corte lo desmintió todo y aceptó las justificaciones del Concejal, que fue declarado libre de toda culpa.

Los pasajeros del *Grand Saint-Antoine* fueron obligados a pasar una cuarentena de quince días y los marineros y el barco fueron consignados en el lazareto, donde los intendentes se mostraron muy confiados en que no había motivos de alarma.

⁴ La ciudad estaba dotada de un dispositivo de prevención que funcionaba correctamente. Una oficina con dieciséis intendentes de salud, nombrados por la municipalidad, designaba cuarenta inspectores encargados de controlar los barcos, y toda embarcación sospechosa debía hacer una cuarentena en la isla de Jarre, situada a 15 kilómetros de la ciudad, en dirección sudeste.

El doctor Ozanam escribía que *“hacia el día 30 de mayo, otros tres barcos llegaron procedentes de los mismos parajes que el anterior y el 12 de junio un cuarto, todos con la “patente sucia” que anunciaba que se había declarado peste en Levante. Sin embargo, la única precaución fue poner las mercancías en la enfermería, como se había hecho con el primer barco, donde otros pasajeros murieron prontamente. Se decidió entonces enviar los cuatro barcos en cuarentena y el capitán Chataud no tardó a ser una nueva víctima con toda su familia”*⁵.

A partir del 14 de junio, los pasajeros del *Grand Saint-Antoine* fueron autorizados a desembarcar, tras ser fumigadas sus pertenencias y ellos mismos. Uno marchó hacia París y otros dos hacia Holanda.

Sobre la mercancía, ya fue otra historia, pues gracias a la corrupción reinante, los contrabandistas, “la pacotille”⁶, consiguieron acceder en el lazareto a varias cajas cargadas con lanas y algodón y llevarlas a la ciudad para venderlas. Varios faquines, empleados allí para desinfectar las mercancías, murieron a primeros y mediados de junio presentando bubones en las axilas, aunque el médico se obstinó en no declarar ningún contagio entre los enfermos.

En las ciudades cercanas a Marsella se produjo un verdadero pánico y los cónsules de Aix, Arles, Toulon, Aubagne, Antibes, etc., escribieron a los Concejales marseleses pidiéndoles explicaciones sobre lo que sucedía. El 18 de julio, éstos respondieron que *“tenemos el honor de escribiros sobre el estado de salud en que nos encontramos, y os informamos que esta ciudad está bien sana, a pesar que hay contagio en las enfermerías. Tenemos la gran seguridad que el mal no será mayor”*.

Pero la peste entró en Marsella. Los primeros afectados tuvieron todos contactos con las telas sacadas de contrabando. La enfermedad se manifestó en la calle Belle-Table, el 20 de junio, en una lavandera de 58 años, Marguerite Dauplane, que presentó un carbúnculo en el labio; el 28 del mismo mes murió en la Plaza Palais un sastre de 45 años llamado Creps, y dos días más tarde lo hizo su mujer y el resto de la familia.

El primero de julio murieron en la calle de l’Escale dos mujeres, llamadas Eygasière y Tanoux, y la mayoría de vecinos de esta calle empezaron a encontrarse mal y se tendieron en cama. La población se alarmó y no dio crédito a la falsa seguridad en que los entretenían los Concejales, que enmascaraban la realidad diciendo que aquella enfermedad era una *“fiebre con gusanos debida a la mala alimentación”*. En aquel momento, el pánico de la población hizo huir a miles de personas de la ciudad, y tanto artesanos, como funcionarios y miembros del cuerpo médico, atravesaron sus puertas.

⁵ Gaffarel da una versión muy distinta sobre lo sucedido al capitán Chataud, que parece más fundamentada. Primero, el capitán fue conducido al islote de Jarros, un roquedal quemado por el sol y sin agua potable, justo enfrente de la isla de Jarre, a muy pocos metros de ella. Allí fue juzgado y puesto en libertad, pues todas sus patentes de sanidad estaban en regla y *“no era un crimen imputable a él que las mercancías estuvieran apestadas”*. Sin embargo, se pensó que sería mejor retenerlo en el Castillo de If (situado en la isla del mismo nombre, en la bahía de Marsella) por su propia seguridad, y *“esta precaución le salvó la vida, pues es probable que si hubiera desembarcado en Marsella, la muchedumbre lo habría despedazado”*.

Gaffarel añadía que en marzo de 1722 el capitán Chataud aún se encontraba retenido en aquel islote y no recobró la libertad hasta el 1 de septiembre de 1723, cuando el Parlamento de Aix ratificó la sentencia del primer juicio. La mayoría de la tripulación del *Grand Saint-Antoine*, que permanecieron en cuarentena en el islote de Jarros, sí murieron de peste, y en la isla de If, de los 103 habitantes que tenía al iniciarse el contagio, murieron cerca de ochenta y sólo sobrevivieron dos de los siete prisioneros de Estado.

⁶ Estos contrabandistas era llamados “de pacotille”, de pacotilla, pues vendían usualmente mercancía de muy poco valor y calidad.

El 9 de julio parecían confirmarse los peores temores: los doctores Charles Peyssonel y Jean-André Peyssonnel, padre e hijo⁷, denunciaron a los Concejales que un chico de unos trece años, Issalène, estaba aquejado de peste en una casa de la calle Vert-Galant, junto a la Plaza du Linche, muy cercana a la calle de l'Escale, lo cual probaba que la epidemia se extendía con rapidez. Los Concejales pusieron guardas en la casa de este enfermo, que murió al día siguiente. Su hermana y su familia fueron transportados al hospital, donde murieron muy pronto, y fue tapiada la puerta de su casa.

El 11 de julio murió otra persona, un tal Bayol, que había regresado de viaje de países del Levante y había estado algunos días haciendo cuarentena en el lazareto. Los Concejales enterraron su cadáver con cal viva y cerraron la casa donde residía, aislando a todos los vecinos que vivían en ella. Aún pensaban que la situación estaba controlada y escribieron el 12 de julio que *“como no ha habido nada nuevo ni ayer ni hoy, tenemos la sensación que hay más miedo que mal. Sin embargo, continuaremos con nuestros cuidados y nuestras precauciones”*.

El doctor Sicard, que tenía algunos pacientes en la calle de l'Escale, fue el primero en denunciar, a 18 de julio, que se sucedían sin interrupción los casos de peste y que el peligro era cada día más evidente. Ozanam indicaba que este médico *“observó varios enfermos afectados de bubones y carbúnculos que murieron durante la noche y otros enfermos les sucedieron. Este doctor, convencido que se trataba de la peste, advirtió a los magistrados, que nombraron a un cirujano para visitar a los enfermos y que, por ignorancia o por motivos oscuros, declaró que la enfermedad era una fiebre venenosa simple y sin contagio”*.

Más tarde, el doctor Jean-Baptiste Bertrand⁸ escribiría que para este médico, llamado Bauzon, era difícil reconocer la peste, *“porque no tocaba los enfermos y les hablaba de lejos”*. Papon se lamentaba que tras este hecho, *“lo que vale la pena comprender es que el Comandante de la provincia, el Intendente y el Parlamento habían dejado a la negligencia y a la impericia de los Concejales marseleses detener el progreso del mal”*.

El día 21 murió otro de los pasajeros del *Grand Saint-Antoine* que hacía poco había salido de la enfermería. Los magistrados, teniendo la seguridad que se trataba de la peste, pues tenía todos los síntomas, enviaron al lazareto a todos los habitantes de la casa donde murió el pasajero y también la tapiaron.

El contagio se extendió muy pronto por otras calles: primero murió un ropavejero y toda su familia en la Plaza des Dominicains, y después infectó a una costurera en la calle de l'Oratoire, muriendo ella y todos sus familiares. El 23 de julio murieron catorce

⁷ Charles Peyssonnel fue un médico que tomó partido a favor de los Padres Oratorianos (de ideas jansenitas) y en contra de los jesuitas, por lo que fue condenado a destierro durante siete años y prohibida la entrada a su ciudad natal. Pasado este tiempo, y habiéndose enriquecido en El Cairo gracias a sus conocimientos, fue reclamado desde Marsella para continuar con sus prácticas médicas. Cuando surgió la epidemia se consagró al servicio de sus pacientes, pero su avanzada edad, 80 años, y diversos achaques, una cojera y una hernia, recomendaron su retirada al hospital, donde falleció de peste el día 20 de septiembre.

Jean-André Peyssonnel, su hijo, médico y también naturalista, escribió en 1722 una obra sobre la peste, *La Contagion de la peste et les moyens de s'en préserver*.

⁸ El Dr. Jean-Baptiste Bertrand, autor de la obra *Relation historique de tout ce qui s'est passé à Marseille pendant la dernière peste* fue, según Ozanam, *“víctima de su celos en curar a los enfermos y fue atacado tres veces de peste, pero tuvo la suerte de escapar con vida”*.

personas más en la calle de l'Escale y afectó a otros muchos que murieron pocos días más tarde, extendiendo la consternación por toda la ciudad.

Los Concejales se daban cuenta de la realidad pero evitaban reconocerla oficialmente, pues pretendían mantener la vida comercial de la villa, y ordenaban el envío de todos los enfermos a las enfermerías creadas específicamente para atender los casos sospechosos. Por la noche se enterraban los cadáveres con cal viva, se lavaban las calles y se evacuaban las basuras y los abonos fuera de las murallas de la ciudad.

Entre el 15 y el 21 de julio no se señaló ningún caso nuevo, por lo que renació la esperanza y la población consideró excesivas las medidas llevadas a cabo por la municipalidad y empezaron a insultar a médicos y cirujanos por haber aterrado a los ciudadanos con falsos diagnósticos. Pero muy pronto se produjeron nuevos fallecimientos y a finales de julio morían diariamente 70 personas en la ciudad, y a partir del 29 del mismo mes los Concejales fueron forzados a reconocer que había numerosos enfermos tanto en las enfermerías como en la ciudad.

Los magistrados volvieron a conminar a su cirujano de confianza que visitara nuevamente a los enfermos, esta vez acompañado por el doctor Peyssonel, padre, que veía claramente que la peste era la causante de toda la devastación. Pero *“el otro, ciego por su ignorancia, o obstinado por mala fe, persistió en decir que la enfermedad no era contagiosa, y, por su culpable obstinación, volvió más criminal la indiferencia de los magistrados, que teniendo en Marsella al Colegio de Médicos, descuidaron consultarlo”*⁹.

Charles Peyssonnel, abrumado por la edad y afectado por diversas enfermedades, fue obligado a renunciar a esta peligrosa función y su hijo se dedicó entonces a visitar a los enfermos acompañado por un cirujano de la ciudad. Según Papon, *“apenas se apercibió que la peste fermentaba en el seno de su patria, el joven médico lo dijo tan alto como pudo y escribió a las ciudades vecinas para prevenirlas, las cuales encendieron la alarma y se prohibió todo comercio con los marseleses”*.

El 31 de julio, el Parlamento de Aix-en-Provence dio orden fulminante que prohibía a los marseleses salir de los límites de su territorio¹⁰, bajo pena de muerte, y a los habitantes de la Provenza comunicarse con ellos. El reglamento de peste emitido el 17 de julio de 1629 entró en vigor y todas las puertas de la ciudad fueron cerradas excepto dos, que fueron guardadas por la milicia burguesa, constituida por civiles armados. El puerto fue igualmente bloqueado, con cadenas. Los ciudadanos adinerados y con posesiones fuera de Marsella, que habían creído en las disposiciones de los Concejales, comprendieron con horror que todas las salidas estaban cerradas y los caminos fuertemente guardados, viéndose obligados a retirarse a las cercanías de Marsella o encerrarse en sus casas.

Los Concejales pensaban que la medida tomada desde Aix era excesiva y precipitada, *“un poco dura para una ciudad que no es inútil al Parlamento ni al resto de la provincia. Esta medida se debería haber tomado cuando la mortandad hubiera alcanzado a cuatro mil o cinco mil personas. Lo que nos da pena ahora es que empezaremos a pasar hambre”*. En este momento fueron expulsados de los límites de la ciudad todos los mendigos extranjeros, y a los pobres de origen marsellés se les ordenó que se retiraran al hospital de la Charité.

⁹ El Colegio de Médicos de Marsella estaba compuesto por doce miembros: Peyssonnel padre, Sicard padre e hijo, Bertrand, Montagnier, Raymond, Robert, Audon, Augier, Colomb, Pelissery y Michel.

¹⁰ Parece ser que ya habían huido de la ciudad más de 40.000 habitantes.

Gaffarel contaba que en estos momentos dos Concejales, Moustier y Estelle¹¹, destacaron por su abnegada dedicación, realizando personalmente los trabajos más arriesgados: *“Moustier se reunía durante la noche con los faquines de las enfermerías y a la cabeza de los enfermos, presidía su transporte al lazareto; hacía evacuar las casas sospechosas de contagio y ordenaba tapiarlas con cal y arena. En cuanto a Estelle, se encargaba de hacer enterrar con cal viva a los fallecidos, siempre por la noche, y también escoltaba a los enfermos hacia las enfermerías”*.

El doctor Sicard, padre, afirmó en aquellos momentos que conocía un método infalible de vencer la epidemia, y el 3 de agosto propuso por escrito a la municipalidad que deberían encenderse fuegos en toda la ciudad y desinfectarla con azufre¹². Los Concejales, aunque incrédulos por la propuesta, la aceptaron, y al día siguiente, dirigidos por el Concejal Dieudé, se llevaron a cabo grandes fumigaciones con maderas, sarmientos y plantas perfumadas. Se aplicaron a lo largo de la muralla, sobre las plazas, las calles y el *Cours*, la gran arteria de la ciudad, envolviendo la ciudad en una nube de humo. Los ciudadanos debían encender un brasero delante de su casa, para desinfectarla, a partir de las cinco de la tarde, y echar una onza de azufre, que fue distribuido gratuitamente, en medio de cada estancia, dejando las ventanas cerradas y no abriéndolas hasta pasadas tres horas. Según Gaffarel, esta experiencia sólo *“contribuyó a aumentar el mal, pues en esta atmósfera sobrecalentada, en plena canícula, con todo el movimiento al cual se entregaba la población, sobreexcitada por la novedad, las hogueras improvisadas originaron una fiebre intensa”*.

Los Concejales, por tanto, tuvieron que aplicar nuevas medidas: aumentaron la milicia creando cuatro compañías más, con las cuales formaron varios destacamentos dispuestos en los barrios donde la necesidad era más urgente. Estaban encargados de retirar cualquier cosa que pudiera causar la infección, levantar muertos, transportar muebles o enfermos de una casa a otra y tener a resguardo el trigo y las otras provisiones. Cada barrio tuvo un comisionado cuya función era mantener el buen orden en su distrito, informarse del número de enfermos que había en cada casa y proporcionar subsistencia a los más necesitados, pues el cese de la actividad laboral los había reducido a la más extrema pobreza: *“las tiendas ya no abrían sus puertas, el comercio fue prohibido y las iglesias, colegios, la Bolsa, en una palabra, todos los lugares públicos, cerrados, los oficios divinos suspendidos y el curso de la justicia, parado”*.

A pesar de la evidencia de la situación, a 4 de agosto los Concejales aún negaban el origen del contagio y escribían a los Cónsules de Toulon o de Arles informándoles que la situación era peligrosa, cierto, pero causada por fiebres o contagios, sin mencionar la palabra peste. Y el 7 de agosto, cuando se reportaron treinta nuevos enfermos y treinta muertos, aún fueron capaces de negar la evidencia y acusar a los médicos de exagerar el peligro.

Para empeorar la situación, las tropas acuarteladas exigieron que se las atendiera debidamente y los oficiales amenazaron con permitir a los soldados entrar en la ciudad para tomar todo aquello que les fuera necesario, básicamente trigo, si se rehusaba a darles lo que pedían. Ciertamente, los aprovisionamientos resultaban difíciles y los negociantes poco escrupulosos empezaban a acaparar mercancías para revenderlas a precios exorbitantes.

¹¹ En aquel momento, Moustier tenía 50 años y Estelle, 58.

¹² El mismo “método infalible” que fue usado sin ningún éxito durante la peste de Londres de 1665.

La mortandad aumentaba día a día y la municipalidad tuvo que dotarse de médicos y cirujanos suplementarios, vistiéndolos con el célebre uniforme. Se establecieron ciento noventa y cuatro comisarios de salud: treinta para cada una de las cinco parroquias urbanas y cuarenta y cuatro para los habitantes del municipio. Cada barrio dispuso de un equipo sanitario compuesto por un médico, un cirujano y un farmacéutico; fue necesario requisar volquetes¹³, pues los furgones mortuorios no eran suficientes, y contratar foseros para enterrar los cadáveres.

Algunos ciudadanos cavaron tres fosas de 20 metros de lado y 6 metros de profundidad en el exterior de las dos puertas septentrionales para enterrar los 300-400 muertos que ya se producían diariamente y a los que se cubría con cal viva (óxido de cal).



Imagen nº 10. Traje de un médico del lazareto de Marsella (1720)

Musée du Vieux Marseille (actualmente en obras de remodelación).

Fotografía de Jean Bernard (Aix-en-Provence).

Gaffarel describió así este traje: “*extraño vestido, larga ropa oscura, botines, calzones y sombrero de ala ancha. Las manos están enguantadas y llevan, para apartar a la gente que importuna, una caña larga de 8 a 10 pies (alrededor de tres metros), llamada “caña de San Roque”. Su figura es protegida por una máscara con ojos de cristal y su nariz, prolongada en forma de pico de loro, está rellena de perfumes, sobre todo esencia de bergamota (Citrus bergamia). Estos médicos son tan conscientes del riesgo que asumen que van corriendo por la calle y jamás se paran si no llevan en la cintura un saquito con alcanfor, sangre humana seca y fragmentos de víbora y sapo. Están envueltos hasta los talones por una tela encerada. Un enfermero los precede con una lámpara encendida y un bote de vinagre*”.

Sin embargo, estas disposiciones no fueron suficientes y en pocos días todas las calles estuvieron repletas de cadáveres. Las noches eran demasiado cortas para dar abasto al transporte de muertos. Era necesario ocultar a la población tanta mortandad para no alarmarla aún más. Llegó un momento en que los cadáveres no podían ser llevados en carretas, haciendo viajes continuados, y fue necesario que los apilaran en los volquetes.

La población más humilde empezó a acampar en tiendas, unos en el llano de Saint-Michel, una de las plazas más importantes de Marsella, y otros sobre los bordes del río Huveaune y los riachuelos adyacentes. Un gran número de ellos se trasladó cerca de las murallas, y hubo algunos que incluso se aventuraron sobre las colinas y roquedales más escarpados, buscando asilo en el fondo de las cavernas.

Las gentes de mar se embarcaron con sus familiares en sus barcas y pequeñas naves, “*disponiéndose a lo largo del puerto o de la rada, en medio de las aguas, dando la sensación de vivir en una ciudad flotante, pues el temor hacía parecer a los ciudadanos como fugitivos de una villa desolada*”.

¹³ Los volquetes era unos carruajes especiales que llevaban un cajón que se volcaba en el momento de retirar la carga.

Las religiosas salieron de los conventos y se fueron a vivir con sus familiares. Los oficiales de justicia, los directores de hospitales, los intendentes de salud, los consejeros de la ciudad y los oficiales municipales simplemente desaparecieron. Ozanam añadía que “*todas las funciones públicas, comerciales, religiosas o judiciales fueron suspendidas y los desórdenes de toda clase campaban a sus anchas, sobre todo el robo y el libertinaje*”.

L'abbé Papon escribía que “*en la ciudad no quedaron más que los curas, los sacerdotes de parroquia y los Concejales, que animados por el ejemplo del Obispo Belsunce¹⁴, desplegaron con él un coraje heroico y una caridad verdaderamente cristiana*”.



Imagen nº 11. Estatua del Obispo Belsunce junto a la Catedral La Major de Marsella.

Fotografía de Dolors Mateo Pujol (2009).

El 6 de agosto encargaron al Chevalier Roze¹⁵ la dirección de todos los asuntos del barrio de *Rive Neuve*, uno de los más ricos de la ciudad y donde la población se empezaba a revolucionar. Formó dos compañías de treinta hombres cada una y nombró oficiales con responsabilidad. Convirtió los edificios de la Plaza de la Corderie en hospital y los proveyó de colchones y paja para que los convalecientes pudieran acostarse. Ordenó también que se cavaran cinco grandes fosas donde se enterraron los cadáveres dispersos (3.554 en total) y se rellenaron con cal viva. Por las mañanas, Roze presidía la distribución de vales de pan para los pobres y como los carniceros abusaban a la hora de poner los precios de sus viandas, él fijó una cantidad máxima y vigilaba que sus disposiciones fueran estrictamente ejecutadas.

¹⁴ Henri-François-Xavier de Belsunce de Castelmoron, sacerdote jesuita y ardiente adversario de los jansenistas, fue nombrado en 1699 Vicario General de Agen y en 1709 tomó posesión del obispado de Marsella, ciudad que ya no abandonó durante el resto de su vida. El rey de Francia, agradecido por sus servicios durante la epidemia de peste, le ofreció las Sedes de Laon y Bordeaux. Pero él las rechazó y aceptó únicamente el palio (*pallium o palla*) que le había mandado el Papa Clemente XII.

¹⁵ Nicolas Roze había participado en la Guerra de Sucesión española tomando partido por el futuro rey Felipe V. Debido al coraje que demostró en la defensa de Alicante durante el bloqueo inglés, en el que fue herido por una granada, el rey de Francia lo honró con el título de Chevalier de Saint Lazare. Nombrado Cónsul de Modon (actual Methoni), en la punta sudoeste del Peloponeso, se familiarizó con la peste, pues hubo tres brotes en tres años consecutivos. En mayo de 1720 regresó a Marsella, coincidiendo con el inicio de la epidemia. Los caballeros de Saint Lazare hacían votos para atender a leprosos y apestados, por lo que no es de extrañar su abnegación y entrega.

A mediados de agosto empezaron a faltar los víveres. El Mariscal de Villars, Gobernador de la Provenza, y el Intendente Cardin Lebret, acordaron una reunión entre los representantes de Marsella y de Aix-en-Provence para organizar tres mercados fuera de las murallas, a unos tres kilómetros de la ciudad: uno sobre el camino de Aix, otro sobre el de Aubagne, y otro en Estaque para las mercancías que llegaban por vía marítima. Los marselleses, separados de los vendedores por una doble barrera, podían comprar los productos que tuvieran necesidad bajo la inspección de los oficiales y los guardas. Esta medida hizo disminuir la escasez de materias primeras, aunque se estaba muy lejos de la abundancia. A pesar de que el Parlamento de Aix fue el encargado de fijar un máximo en los precios y salarios, l'abbé Papon reconocía que *“la lejanía de los mercados hizo aumentar el precio de los productos y la mano de obra aumentó en la misma proporción; y el vino, tan abundante de ordinario, tuvo la misma suerte, porque el temor había dispersado a los productores”*.

El duque de Orleáns, regente del reino durante la minoría de edad de Louis XV, envió a finales de agosto dos médicos y un cirujano de Montpellier para reconocer definitivamente el carácter de la enfermedad, que en aquellos momentos provocaba unas 1.000 muertes diarias. Se trataba de François Chicoyneau¹⁶, Jean Verny, Antoine Deidier y el anatomista Soulier, autor de diversas autopsias, que se prodigaron en cuidados a los ciudadanos y permanecieron en Marsella durante un año.

Su entrada en la ciudad les causó una gran impresión, *“pues al recorrer las principales calles, estaban tan repletas de cadáveres o de enfermos que no podíamos, en muchos lugares, encontrar un mínimo espacio donde colocar nuestros pies: los muertos estaban apiñados en varios sitios y los otros eran echados de sus casas por sus más cercanos parientes o fieles amigos.*

La mortalidad era tan rápida y tan general que los cadáveres se amontonaban ante las puertas de las iglesias, en las plazas públicas y casi en todas las calles, donde permanecían allí varios días y se iban pudriendo. Todos los cadáveres estaban casi desnudos, y los enfermos y los moribundos permanecían envueltos en trapos viejos. El vapor y la humareda permanente de las camas, lanas, colchones y pertenencias diversas de los apestados que se quemaban sin cesar, durante el día y la noche, aumentaban el ambiente general de corrupción y hediondez. La atmósfera estaba sobrecargada de nubes fétidas, de emanaciones mortales”.

Estos doctores mostraron un gran coraje durante su estancia en Marsella, de manera que cuando regresaron a Montpellier fueron recibidos con grandes muestras de entusiasmo por su trabajo realizado, a pesar de que su conducta médica no estuvo exenta de reproches. Pues, en efecto, Chicoyneau y Verny, persuadidos que la peste no era contagiosa, no tuvieron en cuenta ninguna medida de prevención y se comportaron como si se tratara de una enfermedad ordinaria, atendiendo a los apestados sin ninguna protección: tomándoles el pulso, abriendo los bubones e incluso diseccionando los cadáveres. Sorprendentemente, ninguno de ellos fue contagiado por la enfermedad.

¹⁶ François Chicoyneau, hijo del Canciller de la Universidad de Montpellier, estudió medicina y se doctoró a los 21 años. Entre 1720-1721 escribió dos pequeñas obras en colaboración con otros médicos de Montpellier, *Relation succincte touchant les accidents de la peste de Marseille, son pronostic et sa curation* y *Observations y Réflexions touchant la nature, les événements et le traitement de la peste de Marseille*. En 1744, junto al doctor Jean-Baptiste Senac, publicó *Traité des causes, des accidents et de la cure de la peste, avec un recueil d'observations*.

Atendiendo a la experiencia adquirida en Marsella, estos doctores fueron capaces de dividir a los apestados en cinco clases distintas: en la primera, observada sobre los enfermos graves que solían morir rápidamente, *“se apreciaban escalofríos irregulares, un frío universal, un pequeño pulso, mudo, lento, frecuente, desigual y concentrado, acompañado de vómitos y dolor de cabeza intenso y un vértigo que hacía parecer que la persona estaba bebida, con la vista fija, perdida, faltando el miedo o el desespero; la voz entrecortada, quejumbrosa, y la lengua blanca al principio, y después seca, rojiza, negra y rasposa; la cara pálida, plomiza, apagada, cadavérica; dolores de corazón frecuentes, inquietudes mortales y un abatimiento general, con ausencias de espíritu y adormecimiento continuado”*.

La segunda clase de enfermos presentaba un cuadro similar al descrito anteriormente, pero *“los escalofríos eran seguidos de un pulso vivo, abierto, animado. Interiormente sentían un calor extremo, a pesar de que su temperatura corporal externa no era alta; la sed era ardiente e inextinguible, la lengua blanca o rojo oscuro, la palabra precipitada, impetuosa; los ojos rojizos, fijos, perdidos; el color de la cara de un rojo bastante vivo, o a veces más bien lívido; la respiración frecuente, sin toses ni dolor; náuseas, vómitos biliosos, verduzcos, negros o sanguinolentos; pesadillas o delirios frenéticos; gran abatimiento de fuerzas; y casi todos presentando, desde el principio, o poco después, bubones ordinariamente muy dolorosos, situados unos cuatro dedos por debajo de la ingle, a veces en la misma ingle y en las axilas o en las glándulas parótidas, maxilares o yugulares, así como carbúnculos, sobre todo en los brazos, piernas y muslos”*. Añadían estos doctores que era muy raro que los enfermos sanaran de este segundo tipo de peste, aunque su vida duraba un poco más que en la del tipo anterior. Las otras tres clases de peste presentaban características de las dos primeras, pero con una gravedad menor y un porcentaje de mortandad muy inferior.

La gente de peor ralea, llamados con el nombre de “corbeaux”, los cuervos, fue contratada para recoger los muertos de las propias casas. Ordinariamente, eran arrastrados por los pies a lo largo de las escaleras y a veces los tiraban por las ventanas desde el primer piso. Papon añadía que *“el ruido de los volquetes, mezclado con el estremecimiento que provocaban los vaivenes de los cadáveres causaba el espanto tanto en el corazón de los enfermos y como en el de las personas sanas. Por más que el espectáculo que ofrecía el interior de las casas era terrible, el que se veía en las calles era aún más horrible: estaban cubiertas de muertos y moribundos. No era solamente la gente del pueblo llano los que se encontraban entre las víctimas miserables del contagio. La mayor parte pertenecía a familias honorables: eran solteros sin criados, niños, hombres maduros, personas mayores que habían sobrevivido a sus familiares y a las personas que les servían, que saliendo de su casa, intentaban ir al hospital pero no tenían fuerzas para llegar. Otros se acostaban en el borde de su puerta para recibir algún socorro de los que pasaban, entre los cuales tenían la esperanza de encontrar algún pariente o amigo sensible. Y de aquí también los echaban fuera, pues los propietarios de las otras viviendas no querían tenerlos tan cerca de ellos. Para alejarlos, les tiraban agua y restos de vino. Era pues, en las plazas públicas, donde la mayor parte de los apestados se refugiaban, y era allí donde se veía el espectáculo de doscientos o trescientos enfermos que hacían encoger el corazón y los sentidos.*

El doctor Bertrand escribía que *“se veía sobre su cara la expresión de la muerte dibujada en cien maneras diferentes: ojos apagados o con ligeros destellos, miradas lánguidas o perdidas, figura pálidas o cadavéricas, a veces rojas o encendidas, lo más a menudo lívidas y azuladas, pero todas con el vivo semblante del dolor y la preocupación”*.

El *Cours* (actual Cours Belsunce), “un paseo de árboles de unas 150 toesas que servía de paseo a los marseleses durante las tardes del verano y durante el día en las otras estaciones del año, cuando no soplaban el viento del norte, ofrecía un espectáculo extremadamente doloroso para una alma sensible”.

Este paseo estaba repleto de enfermos que creyeron encontrar un abrigo a la sombra de los árboles, pero que en realidad estaban expuestos a los ardores de un sol ardiente. Los Concejales tendieron algunas velas de embarcaciones, a modo de toldos, para amortiguar el calor del día, cosa que no consiguieron más que muy superficialmente.

Durante la peste de Marsella de 1720, el pintor Michel Serre¹⁷ se distinguió por su conducta ejemplar, aceptando el cargo de Comisario General de su barrio, Saint Férreol, en el que presidió las operaciones de desescombro. Una vez concluida la epidemia, de la que había sido un testigo directo, Serre pintó tres telas, sus obras mayores, que tuvieron una gran repercusión. Se trata del *Vue du Cours* (Vista del Corso); *Vue de l'Hôtel de ville pendant la peste* (Vista del Ayuntamiento durante la peste) y *Le Chevalier Roze à la Tourette* (El Caballero Roze en la *Tourette*).



Imagen nº12. Michel Serre. *Vue du Cours pendant la peste*.

Musée des Beaux Arts de Marseille.

Fotografía de Jean Bertrand (Aix-en-Provence)

¹⁷ Michel Serre, en realidad Miquel Serres, nació en Tarragona (Catalunya), hijo de un vendedor ambulante. Cuando quedó huérfano fue acogido en la cartuja de Scala Dei, en la misma provincia. Se sabe que en 1670 marchó a Italia, donde aprendió pintura en diversos talleres de Roma, Nápoles y Génova. En 1675, cuando sólo contaba 17 años, dejó Italia y se instaló definitivamente en Marsella. En 1685 obtuvo de los Concejales de esta villa una carta de ciudadanía y aceptó pintar el Ayuntamiento en una tela, actualmente desaparecida, que representaba a Cristo muriendo sobre la cruz. Para recompensarlo por sus éxitos, el rey Louis XIV lo nombró pintor de galeras y maestro pintor de oficiales y pilotos, siendo considerado un autor muy prolífico por el gran número de obras realizadas, sobre todo motivos religiosos.

El 21 de agosto volvió a producirse una gran mortandad y las calles se llenaron nuevamente de cadáveres: *“se vio entonces el momento donde todo parecía que sucumbiría a la infección. Los Concejales perdían de un día al otro a todo el mundo que tenían a su cargo y se quedaron sin guardias, sin criados, sin soldados, la enfermedad los mataba a todos, y fueron obligados a ordenar y ejecutar ellos mismos sus disposiciones.*

Según Papon, entre estos afectados *“se encontraban muchos niños, algunos de diez años, otros recién nacidos, y entre estos últimos se veía a varios agarrados a los pechos de sus madres que acababan de morir. Los enfermos se disponían al lado de los muertos, que en menos de seis horas hedían y se deformaban, presentando un aspecto que asustaba a los desgraciados que luchaban contra la muerte. Debiendo soportar la vista de estos objetos del horror y la infección que exhalaban, miraban la vida como una auténtica carga”.*

La situación era tan terrible que los Concejales rogaron a los Oficiales de galeras que los ayudaran, pues el buen orden establecido en el Arsenal¹⁸ inspiró su confianza. Los Caballeros de Langeron, de La Roche y de Lévi fueron los responsables de cuidar de los enfermos y encargarse de la vigilancia de la ciudad.

Papon contaba que *“si desde el principio de los contagios se hubiera establecido un Consejo compuesto por estos Señores, ayudados por los médicos más hábiles y los ciudadanos más notables, se habrían prevenido muchos desórdenes y la peste sin duda se hubiera extendidos mucho menos”.*

En primer lugar, se visitaron las fosas cuyas exhalaciones podían producir una infección peligrosa y se tiró cal viva y se cubrieron de tierra con el fin de absorber la putridez de los cadáveres. Tras esta operación, una de las más necesarias, se nombraron comisarios de vigilancia en todos los barrios, y donde faltaron ciudadanos que realizaran estas tareas se eligieron a religiosos.

Fueron cerradas todas las iglesias donde la celebración de los oficios divinos supusiera una posibilidad de contagio y se limpiaron las calles y retiraron los cadáveres. También se obligó a los familiares de los fallecidos a que depositaran sus muertos en las calles, para impedir que los “corbeaux” entraran en las casas y robaran las pertenencias que les apetecieran.

Al principio se contrataron a vagabundos para que enterraran a los fallecidos. Pero su mortandad fue tan grande que pronto no se encontró a nadie que quisiera encargarse de esta tarea tan peligrosa, a pesar de pagarse hasta 15 francos al día. Entonces se vieron obligados a emplear a los prisioneros condenados a trabajos forzados, 133 en total, con la promesa de recompensarlos con la libertad: *“pero no conocían la tarea y rompían los arneses y las ruedas de las carretas; no sabían dirigir a los caballos ni conducir los volquetes, y además no se encontraba ni carpinteros ni técnicos que pudieran reparar estos lúgubres carros, probablemente porque estos se escondieron para no ser contratados”.* En el espacio de ocho días murieron alrededor de ochenta, pues no tomaban ningún tipo de precaución a la hora de enterrar los cadáveres, que volvieron a quedar amontonados por las calles: *“los condenados faltaban y los Señores Oficiales de las galeras acordaron el 28 de agosto no prestar más efectivos. Sin embargo, después de recibir la visita de los Concejales, decidieron dejar cien más.*

¹⁸ Se había aislado totalmente el Arsenal, inaugurado en el año 1688, que se extendía sobre ocho hectáreas cerca del puerto, comprendiendo sus galeras, la bahía Saint-Victor y los fuertes Saint-Nicolas y Saint-Jean.

El Señor Moustier, concejal, hombre que honró su plaza por su celo y su humanidad, se puso a la cabeza y se convirtió en el alma de este cuerpo tan difícil de dirigir. Se lo veía por todos los barrios y sobre todo en aquellos donde el contagio era más severo y hacía enterrar mil cadáveres al día. Con esta actividad, no hay duda que pronto hubo librado las calles de cadáveres, pero el número de “corbeaux” disminuía sensiblemente; pues unos sucumbían bajo la violencia del mal y otros, por exceso de trabajo, morían de cansancio.

De esta manera, todo faltó a la vez, y no hubo más que el celo y la valentía de los Magistrados, que se pusieron todos en el mismo grado de actividad. En menos de seis días, a 1 de septiembre, los cien presidiarios se encontraron reducidos a diez o doce, y el 6 del mismo mes había más de dos mil muertos tirados por las calles, pues morían más de 800 al día”.



Imagen nº 13. Michel Serre. *Le Chevalier Roze à la Tourette*
Musée Atger, Montpellier. Fotografía de Jean Bertrand (Aix-en-Provence)

En este lienzo de Michel Serre se remarca la autoridad de Nicolas Roze, en el centro de la imagen, que asignó a una cincuentena de soldados y a cien condenados a galeras la orden de enterrar dos mil cadáveres en las dos grandes fosas que se habían abierto al pie del fuerte Saint-Jean, en la zona llamada La Tourette, junto a la iglesia de Saint Laurent y cercana a la catedral de La Major.

Parece ser que no sobrevivieron más que tres personas, entre ellos el propio Roze, de quien se dijo que se salvó gracias a su montura, pues se cree que el olor a caballo sirvió como repulsivo a las pulgas. O quizás la altura de la misma impidió que éstas pudieran saltar y alcanzar al Caballero. En un día moría mucha más gente de la que se podía enterrar, y apenas se había vaciado una calle o una plaza pública, que al día siguiente ya aparecían cubiertas nuevamente de cadáveres. Para dar solución a esta situación tan desesperada, a 31 de agosto se idearon diversas maneras para desembarazarse de los cadáveres, a cual más peregrina.

Según Papon, “unos proponían quemar los cadáveres en las plazas públicas, otros abrir fosas en todas las calles, con el fin de evitarse el largo transporte, pero los

conductos convertían este medio en impracticable. Algunos propusieron lanzar cal viva sobre los muertos y consumirlos en las mismas calles. Pero, ¿cómo procurarse de la cantidad enorme de cal que habría sido necesario emplear? La consumición de los cuerpos por este medio es muy lenta, de manera que nuevos cadáveres habrían llegado y hubieran sido amontonados sobre los primeros, formándose montañas de cuerpos muertos en la calles. Otros pensaron que sería bueno tomar el barco más grande del puerto, desarbolarlo, vaciarlo enteramente, llenarlo de cadáveres y llevarlo enseguida mar adentro, lejos de la ciudad. Pero habría sido impresionante la fetidez exhalada antes que el barco se hubiera llenado. Además, ¿no debería temerse que todos estos cuerpos, hinchados por el agua, hubieran emergido o estallado, y que flotando hubieran regresado hacia la orilla o el puerto?”

Todas estas ideas fueron rechazadas y se aceptó otra que presentaba menos inconvenientes: *“se abrieron las iglesias de los barrios más alejados de las fosas y se llenaron sus criptas con los cadáveres que permanecían en las calles”*. Los médicos consultados hicieron notar que a pesar de las precauciones que se tomaran para cerrar esas tumbas y de la gran cantidad de cal que sería necesaria, aún emanarían exhalaciones pestilenciales. Y si esto fuera solucionado, debería sellarse las criptas, lo cual no sería posible teniendo en cuenta que servían para enterrar a los que morían de enfermedades ordinarias. Estas reflexiones hicieron dudar al obispo Belsunce, que no quiso dar su consentimiento. Pero vistas las ventajas que ofrecía y la extrema necesidad, *“se abrieron por fuerza las iglesias, se hizo acopio de cal y se llevó a los muertos en fila y se llenaron todas las criptas y al fin las calles fueron libradas de estos objetos de horror”*.

Para remediar este cuadro tan caótico se encargó a guardias a caballo que vigilaran los volquetes y a nuevos condenados para que preservaran los carros. Como éstos no podían deambular por todas las calles, pues había algunas muy estrechas y otras con fuertes pendientes, sobre todo en la ciudad vieja, construida sobre la inclinación de una colina, los presidiarios recogían los muertos con camillas y los transportaban hasta donde esperaban los carros, que fueron aumentados hasta veinte. En aquel momento, todos los habitantes de la ciudad, sin distinción, fueron invitados a contribuir al retiro y entierro de cadáveres por todos los medios que juzgaran convenientes.



AVIS AU PUBLIC

R IEN n'estant plus nécessaire que de faire enlever & enterrer les Cadavres. Messieurs les Echevins exhortent les personnes zelées qu'il y a dans la Ville, d'avoir la bonté de se presenter & de monter à Cheval pour contribuer à l'enlevement & à l'enterrement des Cadavres, par leur preséce & par les ordres qu'ils donneront à ceux qui s'emploient à des pareilles Fonctions, outre l'Action meritoire qu'ils feront, & la gloire qu'ils acquerront de servir leur Patrie dans une occasion aussi essentielle, la Communauté donnera des gratifications à ceux qui voudront en recevoir, & on remboursera tout ce que ces personnes zelées donneront pour l'enlevement & l'enterrement des Cadavres, tant dans la Ville qu'à la Campagne.

A Marseille le 3 Septembre, 1720.

Imagen nº 14. *Avis au Public*.

AVISO AL PÚBLICO:

No habiendo nada más necesario en esta ciudad que retirar y enterrar los cadáveres, los Señores Concejales exhortan a las personas celosas que haya en la Villa, tener la bondad de presentarse y montar a Caballo para contribuir al retiro y entierro de los Cadáveres, por su presencia y por las órdenes que darán a los que se empleen en tales Funciones, pues será Acción meritoria la que harán, y la gloria que adquirirán de servir a su Patria en una ocasión tan esencial, la Comunidad dará gratificaciones a los que quisieran recibirlas, y se reintegrará todo lo que estas personas celosas adelanten para el retiro y entierro de los Cadáveres, tanto en la Villa como en la Campaña.

Marsella, a 3 de Septiembre de 1720.



Imagen nº 15. Michel. Serre. *Vue de l'Hôtel de Ville pendant la peste*

Musée des Beaux Arts de Marseille
Fotografía de Jean Bertrand (Aix-en-Provence)

Existe un contraste que impresiona entre los cuerpos desnudos, convulsos de los apestados, y la elegancia de los soldados y los hombres a caballo, todos con peluca. A la derecha del cuadro, el Caballero Roze, sobre su caballo, llevando a cabo las tareas para retirar los cadáveres. Precedido de dos soldados armados con escopeta, golpea con un bastón a un presidiario para que recoja los cuerpos que se encuentran en el suelo. Los condenados, vestidos de rojo, cargan los cuerpos amortajados sobre una camilla, para depositarlos después en la carreta. Sobre el muelle, muy oscuro, los cuerpos se amontonan y parecen buscar la huida en las embarcaciones. En la parte trasera, a la derecha, varios hombres rodean un personaje importante que acaba de descender de un carruaje: quizás se trate del obispo Belsunce, otro de los héroes de esta epidemia, que sin embargo salía a la calle acompañado de un séquito muy reducido. Un poco más atrás de esta escena, dos sacerdotes dan los últimos sacramentos a los enfermos, mientras que un hombre recibe un cesto con víveres que se descuelga con una cuerda desde el segundo piso.

A 3 de septiembre, en el Ayuntamiento de Marsella, excepto los cuatro Concejales, el archivero y dos tesoreros, no quedaba nadie más, ni guardas ni domésticos, pues la peste se había encarnizado con el personal municipal. Cerca de treinta guardas contratados con motivo de la epidemia, todos los agentes de policía, todos los capitanes de la villa excepto uno, todos los lugartenientes salvo dos, cerca de 350 hombres de las compañías de guardia, y todos los criados y mozos de la ciudad, cerca de quinientos empleados, habían muerto de manera sucesiva.

A principios de este mes morían 1.000 personas diarias y ya no se encontraban ni “corbeaux” para enterrarlos ni suficientes foseros. Por tanto, quedaban tirados por los suelos. Entre estos cadáveres, contaba Papón, *“los más espantosos de ver eran los de los apestados que, en un acceso de frenesí, se habían tirado por la ventana y se veían con la cabeza destrozada, el vientre abierto y el cuerpo descalabrado. En casi todos los barrios estaban apilados los unos sobre los otros, sirviendo de pasto a los gusanos y sobre todo a los perros, que sin amos, no tenían ningún otro tipo de alimento”*.

Igual que ocurrió durante la peste de Londres, se pensó que los perros podían contagiar la peste, de manera que se procedió a su exterminación, con la promesa de pagos por animal muerto. Pero no se contó con la necesidad de enterrarlos, por lo que pronto las calles fueron cubiertas con sus cadáveres, que quedaban junto a los apestados convalecientes. Finalmente se recogieron y *“se tiraron en el puerto una cantidad prodigiosa de ellos. Pero el mar vomitaba los cuerpos sobre la costa, y fermentados por la acción del sol, exhalaban un hedor insoportable, que era igual de fuerte por todos lados, no solamente por causa de los múltiples cadáveres, sino también por las inmundicias que llenaban por completo las calles”*.

La residencia del obispo Belsunce también quedó rodeada de cadáveres y era difícil salir de ella sin pisar alguno. Escribió al obispo de Arles explicándole que tuvo que retirar 150 cadáveres medio podridos y comidos por los perros que estaban alrededor de su casa y *“ya metían la infección dentro de ella”*. Los sacerdotes que estaban a su mando fueron muy afectados por la enfermedad, muriendo alrededor de 250¹⁹. Finalmente, para protegerse del contagio, a 14 de septiembre, el obispo fue obligado a alojarse en una casa cercana a la iglesia de Saint Ferréol.

Pocos días antes, el 2 de septiembre, se tuvo noticia de la muerte del P. Millay, un jesuita muy apreciado por la población y especialmente por el obispo. Este escribía al arzobispo de Arles lamentándose de tan sensible pérdida: *“el pobre P. Millay, cuyo celo sin parangón lo remediaba todo, que siempre me ha animado en los peores momentos y que ha trabajado en esta epidemia sin desfallecer durante más de cincuenta días, ha muerto. El pasado 23 de agosto estuvo confesando durante cerca de una hora en medio de un montón de muertos infectados. El hedor hizo impresión en él y parece ser que cayó sobre un cadáver. Se encontró mal el 28 de agosto, pero como nada lo detenía, confesó el día siguiente hasta el mediodía, y entonces quedó postrado en cama. Dios, que me castiga, ha sido sordo a mis ruegos y poco sensible a mis lágrimas. Este hombre santo murió ayer a mediodía. Estoy seguro de su felicidad, pero este golpe me aflige y me desconcierta tanto como os podáis imaginar”*.

¹⁹ En la catedral de *La Major* murieron los dos abates; en la parroquia de *des Accoules* murieron los dos curas, el vicario y dos ayudantes; en la de Saint-Martin, tres curas; en la de Saint Ferréol murieron cinco vicarios y sólo se salvó el cura titular, y en la de Saint-Laurent murieron el cura y tres vicarios. Una gran mortandad afectó también los Conventos de Marsella, que eran muy numerosos: Observantinos, Capuchinos, Mínimos, Grandes Carmelitas, Carmelitas descalzos, Recoletos, Servitas (frailes siervos de María), Antoninos, Agustinos reformados, Trinitarios y Jesuitas.

En estos momentos, el socorro de los médicos fue claramente insuficiente. El doctor Bertrand fue uno de los más esforzados, a pesar de ser atacado en dos ocasiones por la enfermedad, como ya se ha dicho anteriormente. No fue así entre su familia, que murió toda y él aún sufrió un tercer contagio que le dejó sin capacidad para seguir con su trabajo. El Dr. Peyssonel murió de peste; el Dr. Raymond cayó enfermo y fue obligado a retirarse a la campiña para restablecerse, aunque de forma solitaria, pues nadie lo acompañó para servirle. Esta situación anormal de encontrarse sólo sin servicio fue frecuente, y por ejemplo el Dr. Audon, que finalmente sucumbió a la peste, tuvo que refugiarse en el Convento de los Capuchinos, desde donde salía para atender a los enfermos de la ciudad. El Dr. Robert no desarrolló ningún síntoma de la enfermedad, pero también perdió a toda su familia. Los enfermos del lazareto fueron tratados por el Dr. Michel hasta finales de noviembre. En septiembre, sólo quedaron tres médicos marseleses en la ciudad.

La mortalidad fue muy grande entre los cirujanos, pues a principios de septiembre sólo quedaban cuatro y habían fallecido más de veinticinco. Murieron casi todos los ayudantes de farmacéuticos, y de los titulares, encerrados en sus boticas para componer los remedios, murieron cinco. Cabe añadir que algunos de ellos, aprovechando las circunstancias, vendieron sus drogas a precios extraordinarios y *“encontraron una fuente de riqueza en las desgracias públicas”*.

El Regente francés nombró entonces al Jefe de la escuadra de las galeras, Monsieur de Langeron, como comandante de la ciudad, con plenos poderes para restaurar el orden con la ayuda de la Armada Real; en septiembre, tres compañías del Regimiento de Flandes y tres más del Regimiento de Brie, en total 240 soldados, formaron el cordón sanitario alrededor de Marsella y su distrito, y ochenta de ellos fueron destinados delante del Ayuntamiento, a disposición de los Concejales.

De Langeron ordenó a treinta presidiarios que fueran a buscar víveres cada día a los tres mercados reglamentarios; a otros veinticinco que limpiaran las calles, y a los veinte restantes que consiguieran madera para los hornos de los panaderos, pues el Papa Clemente XI había mandado harina.

Un hospital improvisado con telas no resistió la primera ventolera del mistral y fue reemplazado por el Hospital de la Charité, equipado con ochocientas camas, donde fueron evacuados los pobres. Se abrieron fosas suplementarias en la ciudad y los Concejales ayudaron a de Langeron a castigar a los maleantes, controlar los precios, hacer regresar a los notarios, recoger y quemar las inmundicias, efectos diversos y los muebles de los lugares contaminados. Los perros muertos que eran devueltos por el mar sobre el muelle fueron igualmente recogidos e incinerados.

La enfermedad había despoblado prácticamente la ciudad, y no fue hasta finales de septiembre que se redujo la violencia de la enfermedad, *“porque no encontraba, por así decirlo, más alimento”* y Marsella empezaba a emerger del infierno, pues no se reportaban más que 200 muertes diarias. El 26 de septiembre, el *Grand Saint-Antoine* fue hundido en el mar tras una lenta combustión.

En ese momento tuvo lugar la visión *“de una hija devota”*. Se trataba de una joven que estaba en cama, moribunda, que dijo a su confesor, el Padre Rainier, que la Virgen se le apareció y le había dicho que la peste cesaría cuando las iglesias de *La Major* y de *Saint-Victor*, reunidas en procesión general, expusieran sus reliquias a la veneración de los fieles.

El obispo, informado de la aparición, comunicó al párroco de Saint-Victor *“su deseo más vivo de hacer este acto de devoción. A pesar que este no creía demasiado en la visión de la joven y pensaba que la procesión serviría para aumentar el contagio, aceptó la propuesta del obispo, que era el clamor del pueblo”*. Sin embargo, las dos parroquias pretendían tener la exclusiva de aquel acto religioso, que finalmente no se llevó a cabo, y ambas tuvieron que contentarse con exponer sus reliquias a la puerta de las dos iglesias.

La estación del año iba avanzando y se reportaban pocas muertes en comparación a las semanas anteriores. En octubre ingresaron 522 enfermos en el hospital de la Charité y murieron 357, y en el hospital de Mail, 357 ingresos y 190 muertes. A finales de octubre parecía haber cesado enteramente la enfermedad, puesto que pasaron cinco o seis días sin reportarse ninguna nueva afectación.

Esta mejora hizo salir de sus casas a los habitantes que habían sobrevivido y temían mostrarse en público. Comenzaron a pasear por las calles, *“con la tímida circunspección de quien aún está temeroso. La gente se hablaba de lejos, sin dar muestras externas de amistad. A los amigos o a los parientes próximos no se les abordaba, como si fueran extranjeros, y se felicitaban recíprocamente de lejos por haber escapado del común naufragio. Los hombres, la mayoría convalecientes, llevaban bastones o cañas de ocho a diez pies de largo, llamadas comúnmente “bastones de San Roque”, con los cuales se servían para apartar a los transeúntes por miedo a ser tocados”*.

El día 1 de noviembre, festividad de Todos los Santos, tuvo lugar una *“fête du voeu”* (fiesta de votos), dirigida por el obispo Belsunce, en la que, según Gaffarel, *“queriendo parecer el cabeza de turco, cargado con los pecados de todo el pueblo, y como si fuera la víctima expiatoria, marchó con los pies descalzos, una cuerda al cuello y una cruz entre los brazos. Rodeado por su clero, muy disminuido por la epidemia pero orgulloso de sus acciones valerosas, asistido por todos los funcionarios, en pie, y estimulado por los gritos y aclamaciones de una inmensa multitud que se apiñaba junto a él, el obispo celebró misa en el Cours, pronunciando la fórmula del voto por el cual ponía a Marsella bajo la protección del Sagrado Corazón²⁰ y dio a todos su bendición”*.

Unos días más tarde, el 15 de noviembre, tuvo lugar otra ceremonia expiatoria, esta vez desde la terraza de la iglesia de *Notre Dame des Accoules*, donde *“al son de las campanas de toda la villa, de los cañones de los fuertes y de los tambores de las tropas, bendijo a sus diocesanos y lanzó contra la peste las imprecaciones litúrgicas, girándose sucesivamente sobre los cuatro puntos cardinales”*.

Finalmente, una procesión general fue ordenada para el martes, 31 de diciembre de 1720, y a partir de la iglesia de Saint-Férreol fue bendiciendo todos los barrios de la ciudad.

²⁰ El obispo Belsunce puso la ciudad y su diócesis bajo la protección del Sagrado Corazón de Jesús tras la inspiración de Anne-Madeleine de Rémusat, una monja que había ingresado en el Convento de la Visitación de Santa María en 1711. Esta comentó al obispo que había tenido ciertas revelaciones de Cristo, que se repitieron durante la epidemia, para que se fundara la Confraternidad del Sagrado Corazón, que fue enriquecida con indulgencias del Papa Clemente XI.

Muy pronto se formó una Sociedad que llegó a estar compuesta por 30.000 miembros. La veneración al Sagrado Corazón se extendió por toda la Provenza, y de allí, los mercaderes devotos la llevaron por todo el mundo, desde Constantinopla y El Cairo a la Louisiana (Estados Unidos) y las Indias Occidentales.

En el mes de noviembre funcionaban dos hospitales, la *Charité* y *Mail*. Los ingresos y defunciones (entre paréntesis), por este orden, fueron los siguientes: 274 (115) y 103 (93) en diciembre de 1720; 113 (53) y 206 (90) en enero de 1721, y 54 (1) y 124 (68) en febrero del mismo año. En este momento, el hospital de la *Charité* fue cerrado y sólo quedó operativo el *Mail*.

En el mes de marzo la enfermedad volvió a repuntar, aunque brevemente, ingresándose en el hospital de la ciudad a 120 enfermos, de los cuales murieron 8. De Langeron ordenó el primero de marzo que *“bajo pena irremisible de la vida, es obligatoria la confiscación de todos los muebles y efectos de los apestados y que los familiares y domésticos tienen la obligación de denunciar los nuevos contagios y no esconderlos a la autoridad”*.

En el mes de abril aún fueron ingresados 84 apestados en el hospital de *Mail*, de los que murieron 70. En los alrededores de Marsella se reportaron 65 casos, de los que solamente sanaron 8.

Vista la disminución en el número de enfermos, el día de la Pascua no pudieron reprimirse los sentimientos religiosos de la población, que tiraron las puertas de las iglesias para entrar en ellas y el obispo Belsunce ceremonió dos misas en medio del *Cours*.

En el mes de mayo desaparecieron todas las alarmas y se volvió a la calma: *“las calles fueron pobladas de mucha gente y las mujeres también salieron de su escondite y animaron con su presencia los paseos públicos que la peste había convertido en terrible soledad”*. Aún así, siguieron produciéndose los ingresos y los fallecimientos en el hospital de *Mail*: 52 (39) en mayo y 25 (20) en junio.

A partir de este momento, se marcaron todas las casas afectadas con una cruz roja, *“un espectáculo horroroso pues recordaba uno de los más terribles castigos que Dios hubiera ejercido en su venganza”*. Cada parroquia fue dividida en barrios y se encargó a los comisarios de cada uno de ellos la tarea de eliminar de las casas todo aquello que fuera susceptible de propagar la infección.

L'abbé Papon concluía su relato explicando que *“se tiraban por las ventanas las ropas para lavarlas o se quemaban las que no merecía la pena conservar. Se hacían enseguida tres fumigaciones en cada habitación: la primera con hierbas aromáticas, la segunda con polvo de caña y la última con arsénico y diversas drogas que se empleaban desde tiempos antiguos en el lazareto. Cuando esto estuvo hecho, se remozaron las murallas y las paredes con una o dos capas de cal y se siguió el mismo procedimiento para purificar las casas de la campiña.*

Pero no era tan fácil hacer lo mismo en los barcos que habían permanecido en el puerto, por lo que se los transportó a las islas vecinas de Marsella y se desinfectaron todas las mercancías que llevaban a bordo. Y se enviaron también allí todas las que aún permanecían en los almacenes, en las tiendas o en las casas de particulares.

Lo que no se sabía aún era dónde estaban escondidos los objetos que los “corbeaux” habían robado de las casas apestadas. Se hicieron búsquedas en los lugares más recónditos y oscuros, hasta que todo se encontró y fue quemado. Cuando las casas hubieron sido desinfectadas y las pertenencias quemadas, la peste cesó por completo, después de haber matado, desde principios de julio de 1720 hasta el mes de junio de 1721, 40.000 personas en Marsella y 10.000 en los alrededores”.

La vida en la ciudad retomó su curso normal. Los que habían huido regresaron y sobre todo los navíos desinfectados pudieron retomar sus actividades comerciales. A partir del 20 de agosto de 1721 no se registró ningún caso de peste y a finales de septiembre se celebró un triunfal *Te Deum* en la catedral.

Un ligero brote sucedió en mayo de 1722, lo que obligó a restaurar de nuevo el reglamento de la peste. El obispo Belsunce invitó al pueblo a rogar y convertirse, dirigiéndose en particular a los Concejales, representantes y órganos oficiales de la población, que no habían tomado parte en la ceremonia del primero de noviembre. El 4 de junio de 1722, día del Corpus, se realizó una procesión y una misa durante la cual “*se hizo ofrenda de un cirio de 4 libras adornado con las armas de la ciudad*”. Fue acordado, también, que de manera permanente se realizara todos los años una misa en esta fecha²¹.

En agosto de 1722 aún murieron 260 personas y de Langeron envió por todos los barrios de la ciudad y en las afueras de Marsella a numerosos responsables sanitarios que iban apoyados por soldados de infantería. Esta vez, la desinfección mediante el fuego y las profilaxis fueron efectivas y la peste desapareció definitivamente.

Los documentos de la época revelan que durante los 340 días que duró la epidemia, murieron alrededor de 40.000 personas en Marsella, un 30% por ciento de la población urbana, a los cuales habría que añadir cerca de 9.000 víctimas entre aquellos que residían en la vecindad.

De los 3.000 huérfanos y pobres que fueron acogidos en el hospital de la Charité, sólo sobrevivieron un centenar; murieron 25 de los 30 cirujanos, 5 de los 12 médicos, 250 religiosos, 500 funcionarios municipales, el 70% de los presidiarios y un número enorme entre los gremios de la ciudad: 53% de sombrereros; 57% de sastres; 70% de albañiles y 81% de carpinteros.

Una vez terminada la epidemia, el rey quiso recompensar a los “héroes marseleses”: el Caballero Roze recibió el cargo de Capitán de Infantería; el obispo Belsunce quedó colmado de honores en Marsella, según su voluntad; de Langeron fue nombrado Lugarteniente General de la Armada y los Concejales Audimar, Dieudé, Estelle y Moustier pasaron a formar parte de la nobleza, igual que los médicos sobrevivientes.

Desgraciadamente, la enfermedad se propagó por toda la Provenza, Languedoc y aún más allá, a pesar del cordón sanitario de soldados y civiles armados que tenían la orden de disparar sobre cualquiera que pretendiera atravesar las líneas.

El Secretario de Estado de la Guerra, Claude Le Blanc, que también estaba encargado del Consejo de la Salud, jugó un papel clave durante la expansión de la epidemia. Bajo sus órdenes fueron destinados batallones de infantería, arcabuceros, escuadrones de dragones y regimientos de milicia, alrededor de 40.000 hombres que llegaron para reforzar el bloqueo sanitario, las líneas de vigilancia, y se establecieron alrededor de las antiguas provincias occitanas de Languedoc, Rouergue (actual Aveyron) y Vivarais (actual Ardèche).

Le Blanc dirigió los primeros movimientos de tropa para constituir un cordón sanitario que aislara toda la Provenza, el cual acabó con la construcción del “muro de la peste”,

²¹ Actualmente, en el día del Corpus Christi (sesenta días después del Domingo de Resurrección) sigue celebrándose una misa tradicional llamada *Voeu des Echevins* (voto de los Concejales) en la iglesia del *Sacré Coeur*, oficiada por el arzobispo de Marsella, que conmemora esta epidemia de peste.

construido entre los meses de marzo y agosto de 1721. Construido en los montes del actual departamento francés de Vaucluse, destinado a proteger el Condado de Venaissin (llamado antiguamente Comtat, que rodeaba la ciudad de Avignon), el muro se extendió a lo largo de unos 35 kilómetros, “una línea de 18.000 toesas de las cuales 6.000 estaban hechas con un parapeto de tierra y un foso por delante, y 2.000 toesas con muros hechos en piedra seca”, disponiéndose distintas garitas para acoger a los guardas, que vigilaban el paso durante el día y la noche. El muro medía dos metros de alto y estaba precedido por un foso de dos metros de largo y de profundidad.

El trazado fue ideado por el arquitecto, ingeniero y cartógrafo Antoine d’Allegan, que trazó los límites desde Saint Hubert hasta Saint-Férreol; es decir, entre el Condado Venaissin y la Provenza, siguiendo el río Durance hasta su desembocadura en el Ródano, y remontando este río hasta Avignon.

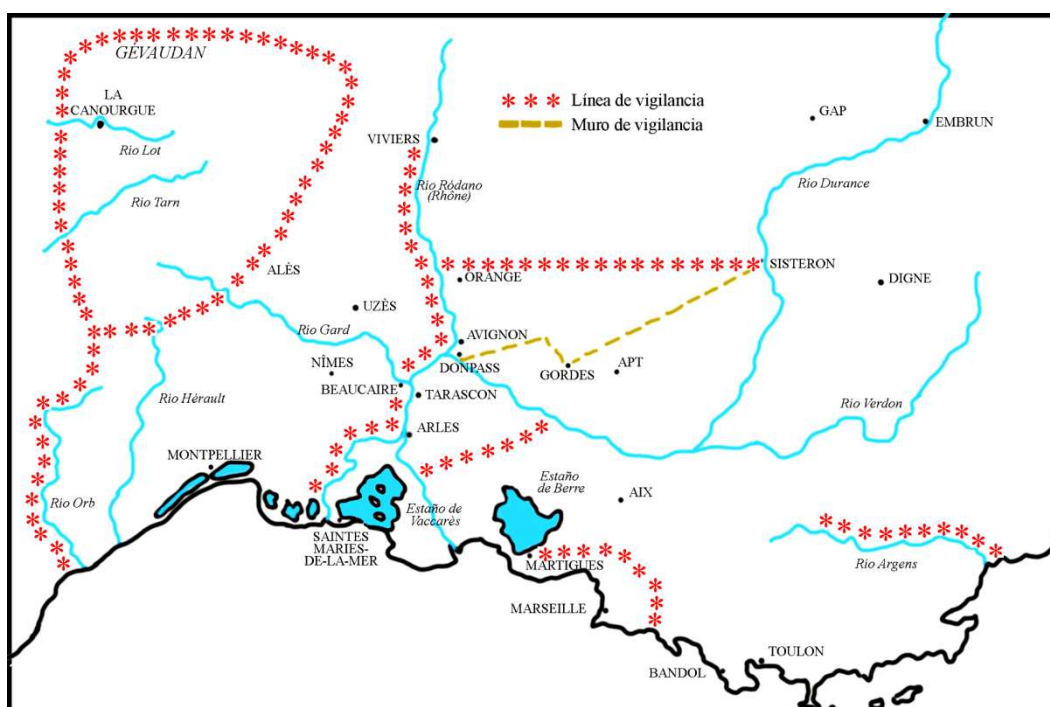


Imagen nº 16. Mapa representando las líneas de vigilancia y el muro de vigilancia que intentaban proteger la Provenza y el Lenguadoc.

A pesar de las barreras naturales que representaban el río Durance, el Ródano, el Verdon, el Var, el Eygues y el Orb, a los cuales se añadió el muro de la peste, la epidemia consiguió desplazarse a una velocidad de 45 kilómetros por mes en las zonas pobladas. Pero si bien el contagio alcanzó los Prealpes²² y el Gévaudan (5.000 muertos), no sobrepasó Orange, en el valle del Ródano, y se detuvo a las puertas de Saint-Genest-de-Beauzon, cerca de Largentière (Ardèche).

²² Según Gaffarel, en el departamento de los Alpes de la Haute Provence, por encima del río Argeron, sólo fueron afectadas tres poblaciones, Sainte Tulle, Gaubert y Corbières, a partir del 7 de agosto, 4 de septiembre y 25 de de septiembre de 1720, donde se reportaron 590 muertos. En el Gévaudan, actual departamento de Lozère, en la región de Languedoc-Roussillon, la epidemia fue mucho más severa, pues fueron afectadas 20 parroquias y 56 poblaciones, produciéndose en total 4.696 muertes. A pesar que los primeros contagios se produjeron en noviembre de 1720, el grueso del episodio pestoso se produjo entre julio y octubre de 1721.

En total se produjeron aproximadamente 126.000 muertos, contando la Provenza, la más afectada, y el Languedoc con la antigua región del Comtat, reportándose en ciento cuarenta y seis localidades del sudeste de Francia. En Provenza, sin contar Marsella, fueron contagiadas ochenta y una comunidades, produciéndose 105.866, muertos, el 36,12% de la población (293.113 habitantes).

A continuación se presenta un cuadro con el “*État des villes et lieux de Provence*” (Estado de las villas y lugares de Provenza²³), que aparece en la obra de François Chicoyneau, *Traité des causes, des accidens, et de la cure de la peste* (1744). En él se relacionan sesenta poblaciones que sufrieron el contagio, las más afectadas Toulon, Arles y Aix-en-Provence, y se añade información sobre el número de habitantes que tenía cada una de ellas antes del contagio, el día en que se reportó el primer caso, el día en que se dio por concluida la epidemia y el número de muertos (bastante fidedigno) que se produjeron hasta el 31 de agosto de 1721.

Noms des Villes & Lieux.	Nombre des habitans avant la contagion.	Jours auxquels le mal a commencé.	Jours auxquels il a fini.	Nombre des morts jusqu'au 31. Août 1721. que la contagion a fini.	Noms des Villes & Lieux.	Nombre des habitans avant la contagion.	Jours auxquels le mal a commencé.	Jours auxquels il a fini.	Nombre des morts jusqu'au 31. Août 1721. que la contagion a fini.
Marseille.	90000	10 Juill. 1720	28 Mai 1721.	39134	De l'autre part.	167115			57864
Apt.	6000	1. Aout.	2. Février.	251	Simiane.	774	15 Oct. 1720.	10. Juil. 1721.	264
Virrolles.	800	2.	1. Avril.	209	Toulon.	22000	17.		13160
Sainte Tulle.	810	7.	14. Mars.	430	Le Canet.	600	18.	31. May.	198
Aix.	24000	9.	1. Septembr.	7534	S. Savournin.	4000	22.	31. Juillet.	206
Aubagne.	7000	15.		2114	Sainte Remy.	3000	1. Novembr.		996
Meyrargues.	850	15.	28. Septembr.	384	Auriol.	3200	1.		1595
Alauch.	5000	16.		942	Venelles.	410	1.	15. Janvier.	33
Lançon.	1800	22.	28. Janvier.	816	Sallon.	4000	4.		700
Rouffillon.	1100	25.	7. Mars.	154	Rustrel.	750	14.	15. Février.	13
Les Pennes.	740	25.	14. Avril.	223	Vaugine.	200	2. Decemb.	27. Avril.	34
Le Puy.	900	29.	26. Janvier.	29	Arles.	12000	17.		8110
Saint Canadet.	125	29.	26. Janvier.	32	Tarascon.	10000	17.	1. Aout.	210
Saint Zacharie.	1050	30.	3. Mars.	254	Mazaugues.	440	17.	4. Avril.	168
Gaubert.	500	4 Septembre	31. Dec. 1720	29	Gemenos.	1100	20.	6. Avril.	54
Gignac.	470	10.	31. Mai 1721	10	Orgon.	1700	29.	18.	105
Cassis.	3500	15.	1. Février.	214	Maillianes.	750	7. Jan. 1721.		106
Rognac.	370	18.		243	Ollioules.	3500	8.		1100
Pertuis.	4000	25.	10. May.	364	Suc.	60	18.	10. Juillet.	7
Cafeneuve.	1100	25.	3. Mars.	18	La Vallette.	1660	20. Février.	10.	1203
Corbieres.	400	25.	11. Avril.	131	Le Revett.	650	1. Juin.		465
Bandol.	100	25.	15. Decembr.	32	Forcalquieret.	247	7.	1. Aout.	85
Nans.	500	27.		125	La Garde.	415	11.		230
Berre.	2000	28.		1071	Garcoult.	1200	13.		163
Cucurron.	3500	1 Octobre		730	S. Anastafe.	500	14.		144
Gardane.	2000	3.	7. Oct. 1720	6	Le Puger.	1060	3. Juillet.		88
Pelissane.	2200	6.	2. Juin 1721	223	Roquavaire.	2500	9.		46
Villars.	300	9.	31. Dec. 1720	12	Néoules.	450	16.		143
Martigues.	6000	12.		2150	S. Nazaire.	1500	24.		51
	167115			57864	Frigoulet.	60	12. Aout.		19
					Grailson.	900	15.		8
					Noves.	1228	16.		98
						247869			87666

Imagen nº 17. Mortandad en villas y lugares de Provenza, según François Chicoyneau.

Según Gaffarel, la peste de Toulon fue debida a “*la imprudencia y la cupididad de algunos habitantes de una pequeña villa cercana, Bandol. Se sabe que las mercancías provenientes del Grand Saint-Antoine fueron depositadas en el islote de Jarros, y algunos contrabandistas de Bandol desembarcaron en la isla y robaron y se repartieron un cargamento de sedas, lo que fue suficiente para contagiar esta pequeña localidad*”.

²³ Se incluyen las tres poblaciones mencionadas anteriormente del Gévaudan.

Un patrón tulonino, llamado Cancelin, se encontraba en aquella barca y se quedó una parte de la mercancía contaminada, entrando sin dificultad en Toulon el 5 de octubre de 1720. Al día siguiente se reportaron los primeros casos en Bandol (murieron 32 de sus habitantes) y fue ordenado un bloqueo riguroso, pero ya fue demasiado tarde. Cancelin cayó enfermo el día 7 y murió tres días más tarde, aunque nadie pensó que había fallecido a causa de la peste, hasta que el 17 de octubre también murió su hija y los vecinos advirtieron a los cónsules de la ciudad y denunciaron la presencia clandestina del patrón en Bandol.

El 9 de mayo se reconocía que *“la enfermedad que ataca furiosamente la villa de Toulon sigue avanzando y afecta toda la ciudad”*. Desde el mes de marzo ya se producían 200 muertes diarias y habían muerto cerca de 7.000 personas.

Pronto fueron insuficientes los cuatro hospitales que se habían creado para atender a los convalecientes, y fue necesario abrir uno nuevo en el llamado *“camp Guérin”*, con tiendas y maderas proveídas desde el Arsenal. Los enfermos de la ciudad fueron trasladados allí, donde se acumularon unas 1.200 personas. Pero la mortalidad fue terrible pues faltaba absolutamente de todo, incluso agua.

Durante el mes de abril seguían muriendo 200 personas diarias y el 30 del mismo mes fallecieron 270. En tiempos normales era suficiente una fosa para enterrar a los cadáveres, pero en marzo fueron necesarias dos, y en abril cuatro, y como los *“corbeaux”* eran cada vez más escasos, se temió que las calles de Toulon se llenaran de muertos sin enterrar, igual que sucedió en Marsella. El 23 de mayo sólo se pudieron retirar 287 fallecidos, y quedaron aún muchos insepultos en las casas privadas. Afortunadamente, de Langeron pudo mandar una escuadra con 100 presidiarios, que fueron divididos en dos grupos: la mitad abriendo fosas y la otra mitad depositando allí los cadáveres.

La enfermedad seguía su curso y a 20 de agosto aún fue necesario decretar una cuarentena general. Finalmente, el 30 de octubre de 1721, el obispo anunció un *Te Deum* de acción de gracias y un servicio fúnebre en honor de los dos cónsules fallecidos *“en el campo del honor”*.

De los 18.745 tuloninos que habían enfermado de peste murieron 13.283, de los cuales 6.476 en la ciudad, 1.434 en el hospital del *Saint-Esprit*, 1.821 en el *camp Guérin*, 611 en *Saint-Roch*, 712 en *la Charité*, 371 en *Saint-Mendrier*, y 110 mendigos y 1.748 en los alrededores de la ciudad. En Toulon tan sólo sobrevivieron 10.493 personas y Gaffarel añadía que *“es de suponer, sin hablar de los extranjeros que escaparon a cualquier recuento, que más de 16.000 tulonenses fueron muertos por el contagio”*.

El 7 de noviembre de 1721 fue publicada la declaración de *“salud”* en Toulon y su distrito, y el 7 de diciembre se anunció el fin de la cuarentena.

En Arles se tomaron precauciones desde el primer momento en que se tuvo conocimiento del contagio en Marsella. Fue creada una Oficina de Salud compuesta por sesenta nobles y burgueses que organizaron las medidas indispensables, como la prohibición del comercio con los marseleses y el acopio de reservas alimentarias. En agosto de 1720 la ciudad cerró todas sus puertas excepto dos, que quedaron vigiladas día y noche. Fue prohibido salir de la villa para ir a cazar, mantener los abonos en las casas y tirar las basuras en la calle, bajo pena de azote. Los habitantes fueron

encargados de alimentar a los enfermos y cuidarlos sin tener que llevarlos al hospital de Saint-Jacques.

A pesar de todas las prevenciones, la peste entró en la ciudad el 17 de diciembre de 1720. Parece ser que el contagio lo provocó un tal Poncet Méron, que venía enfermo del llano de la Crau, en el delta del Ródano, y había sido contaminado por un traficante. En Arles se alojó en una casa del barrio de *Les Arènes*, donde murió dos días más tarde. Toda la población de aquella zona fue puesta en cuarentena y la ciudad se encargó de hacerles llegar pan y víveres en los siguientes cuarenta días. Durante este tiempo sólo murieron tres personas en la ciudad y dos en los alrededores, y el invierno pasó sin gran alarma. Pero a finales de abril de 1721, la infección volvió a aparecer, primero en *Les Arènes* y después por todo el barrio de *La Major*. Inmediatamente, las autoridades dispusieron barreras para evitar que la gente pudiera salir fuera y echaron a los mendigos del barrio de *Trinquetaille*. En junio, una muchedumbre desesperada por el bloqueo apartó las barreras y pasó al otro lado. El ejército, formado por una tropa aproximada de 1.500 soldados, reprimió duramente a la población y detuvo a multitud de amotinados, fusilándose a tres de ellos el 9 de junio. La enfermedad invadió la ciudad por completo y las iglesias fueron cerradas y las misas celebradas al aire libre.

A partir de aquel momento, las cuarentenas no fueron respetadas y la epidemia se agravó notablemente, alcanzando una mortalidad diaria de más de 100 personas entre los meses de junio y julio, el momento álgido de la enfermedad.

El 21 de julio fue celebrada una procesión expiatoria en honor a San Roque, pero la ciudad estaba en completo desorden y tuvo que hacerse frente a los numerosos robos, en particular los de los “corbeaux”, encargados de las retiradas y entierros de los cadáveres. El 3 de julio y el 23 de agosto fueron ejecutadas diversas personas y en aquel instante la peste ya empezó a afectar diversas zonas de la campiña, que por aquel momento se habían visto libres del contagio.

A finales de agosto mejoró el estado sanitario de la villa y a mediados de septiembre fue organizada una procesión solemne de acción de gracias en honor a Sainte Rosalie, Saint Roch y Saint François Régis. El 25 de septiembre fue levantada la cuarentena y cinco días después ya empezaban los tenderos a vender sus productos con normalidad. Persuadido el arzobispo de Arles, Jacques de Forbin Janson, que la epidemia había cesado gracias a los actos religiosos y populares, proclamó una procesión anual en honor a San Roque.

El 20 de diciembre de 1721 la peste desapareció y las iglesias reabrieron sus puertas. Según Jean-Noël Biraben²⁴, murieron en total 10.210 personas, 8.572 en la ciudad y 1.638 en los alrededores (sobre una población total aproximada de 23.000 habitantes), entre los que se contaba cuatro cónsules, treinta y cinco miembros del Cuerpo Municipal, once nobles, siete abogados, diecisiete burgueses, setenta y dos curas y treinta y cinco médicos y farmacéuticos.

En Aix-en-Provence, el Parlamento había prohibido entrar en la ciudad a todo marsellés a partir del 31 de julio de 1720, y se impidió a los cocheros y muleteros llevar mercancías hacia Marsella. No se permitía la entrada a ningún extranjero sin un permiso

²⁴ Jean-Noël Biraben, *Les hommes et la peste en France et dans les pays européens et méditerranéens* (1976)

de los Cónsules y se cerraron todas las puertas de la villa excepto dos. Incluso fueron expulsados los judíos y sus pertenencias, “bajo pena de muerte”.

El 3 de agosto se tomó la medida de impedir la salida de la ciudad a extranjeros, vagabundos y gente sin residencia, se cerraron los conventos y las iglesias, y se extremó la vigilancia en ferias y mercados.

Gaffarel reportaba que el arzobispo Charles-Gaspard de Vintimille (había sido el obispo de Marsella hasta 1709) ordenó el 24 de agosto de 1720 una procesión general para *“apaciguar la cólera de Dios, y fiel a la teoría de la venganza divina, anunció la próxima aparición del azote”*. Vintimilla decía que *“no podemos disimular que no somos mejores que nuestros vecinos, que el grito de nuestras iniquidades aumenta día a día y que el Señor, listo para golpearnos con su mano, será aún más terrible en sus castigos si nosotros seguimos abusando durante el tiempo que nos queda”*. Un Parlamentario escribió en su dietario que *“estamos a la espera de ver la peste asolar nuestra ciudad, que es culpable y mil veces más criminal que Babilonia, Tiro, Sodoma y Gomorra, por las usuras, impiedades y abominaciones que reinan en ella. Estas calamidades terribles son los efectos incuestionables de la cólera de un Dios justamente irritado”*.

Los contagios empezaron a producirse sin remedio y pronto se reportaron 50 enfermos diarios, los cuales eran ingresados en las enfermerías del hospital general de *la Charité*, y como todas las camas fueron ocupadas rápidamente, los enfermos ordinarios fueron trasladados a los Conventos *des Chartreux* y *des Augustins* y se improvisó un nuevo asilo de apestados en el Convento *des Minimes*.

A 13 de noviembre de 1720, los Procuradores reconocían que la epidemia seguía su curso y que en las enfermerías se encontraban cerca de 650 enfermos. Cada día se iniciaba una nueva cuarentena que sustituía a la anterior. En noviembre y diciembre se llegó al momento álgido del contagio. Todos los barrios de la ciudad y las villas de los alrededores fueron infectados y aumentó espectacularmente la mortalidad.

Según la relación aportada por los médicos de Aix, del 12 de septiembre de 1720 al 14 de octubre de 1721 murieron 7.534 personas. A pesar de la gran mortandad, los servicios sanitarios pudieron llevar a cabo las tareas de transporte de enfermos y entierros de cadáveres, evitándose la terrible situación que vivió Marsella.

En enero de 1721 se notó un decrecimiento de la enfermedad, que sin embargo tuvo un pequeño repunte en el mes de abril. En junio parecía que todo había terminado y podrían llevarse a cabo las tareas de desinfección sin peligro, pero aún era pronto. El 31 de agosto fue ordenada una nueva cuarentena general.

El Procurador Demours escribió en una carta dirigida a los Concejales de Marsella que *“todas las iglesias fueron cerradas y los habitantes oían misa desde sus casas al compás de las campanas y mediante una serie de signos conocidos. Los domingos y fiestas preceptivas, mientras se cantaban las Vísperas dentro de las iglesias cerradas, el pueblo se asomaba a las ventanas de sus domicilios y las acompañaban tan alto como podían. Durante esta cuarentena se dio todos los días la bendición a las iglesias, y cuando se cantó el Te Deum al son de las campanas, se hizo lo mismo desde las ventanas, abiertamente, y también se cantaron las letanías de la Virgen Santa de la Misericordia y las rogativas, las letanías de los santos y los rezos para bendecir la tierra. Estos cantos y estas rogativas expulsaron el mal, o el miedo al mal por lo menos. Pero nos fue suficiente para constatar que la epidemia declinó y después desapareció, y*

que en el día en que debía cesar la cuarentena, Aix pudo entrar en comunicación con la Provenza y con el resto del mundo”.

Vintimille ordenó una procesión general, a perpetuidad, que fue celebrada durante muchos años, pero que según Gaffarel, cayó en desuso. Hasta el 10 de octubre de 1722 no se permitió entregar “billetes de sanidad” a las villas vecinas y las barreras no fueron levantadas hasta más tarde, y con restricciones. En Aix y sus alrededores murieron en total 7.520 personas desde el primero de agosto de 1720 hasta el 31 de julio de 1721.

En el Languedoc fueron afectadas ochenta y cuatro comunidades, produciéndose 12.597 muertos, el 16,71% de la población (75.377 habitantes). El Consejo Municipal de Toulouse decidió el 3 de septiembre de 1720 instaurar una Oficina de Salud para tomar precauciones contra la invasión probable de la peste. Sobre todo estaban en riesgo las poblaciones de Nîmes y Beaucaire (la feria de 1721 fue prohibida), a causa de la proximidad con Marsella y de las frecuentes relaciones comerciales.

El contagio fue severo y no entró en el periodo de decrecimiento hasta febrero de 1722. La última víctima mortal fue reportada el 17 de mayo del mismo año, y no fue hasta el 15 de enero de 1723 cuando todas las barreras fueron levantadas y el Languedoc entró definitivamente en comunicación con el resto de Francia. El 30 de noviembre de 1722 fue cantado un *Te Deum* de acción de gracias en la diócesis de Mende, pero el gobierno prefirió que no se celebraran rogativas generales hasta que el temor al contagio hubiera desaparecido por completo.

En la antigua región del Comtat fueron afectadas seis comunidades, produciéndose 8.062 muertes, el 22,00% de la población (36.641 habitantes). En cuanto se tuvo noticias de la epidemia, numerosos ciudadanos de Avignon optaron por la huida. Sin embargo, el consistorio no empezó a tomar medidas sanitarias hasta el 31 de julio, y el 1 de agosto prohibió toda comunicación con Marsella. Se cerraron todas las puertas de la ciudad excepto dos, pero la vigilancia fue muy defectuosa y por la noche, escalando la muralla, entraron numerosos refugiados marseleses. El 2 de agosto, los judíos, muy numerosos en Avignon, fueron expulsados o puestos en cuarentena en el lazareto.

Finalmente, la peste entró en la ciudad. El 23 de septiembre de 1720 fue señalado el primer caso, un tal Tronc, un marsellés que trabajaba desinfectando el lazareto a las “personas y mercancías sospechosas”. Pero no se produjeron más contagios y a 1 de diciembre se señalaba que en el hospital sólo había un afectado y ninguno en la ciudad. Los alrededores de Avignon sí estaban plenamente afectados: Apt, desde finales de septiembre de 1720; Saint-Rémy desde el 20 de noviembre y Beaucaire a finales del mismo mes. El 3 de enero se produjeron víctimas en Orgon y Tarascon.

En invierno no hubo contagios, y tampoco en primavera; pero a mediados de agosto volvió el peligro. A 16 de este mes se reportaron casos en Saint-Michel de Frigolet y Noves; por tanto, la peste sólo tenía que atravesar el río Durance y presentarse en Avignon, lo cual sucedió al día siguiente. El primer caso se produjo en la calle de la Calade, con toda probabilidad importada por algunos contrabandistas. Al principio, los magistrados no quisieron reconocer la enfermedad, e incluso el médico que dio la noticia, Louis-François Manne, fue severamente reprendido. Cabe añadir que, según Gaffarel, en este episodio pestoso, ni los médicos ni algunos religiosos tuvieron una conducta valiente, pues los unos se negaban a visitar a sus pacientes, o lo hacían cobrando precios abusivos, y los otros evitaban reconfortar y administrar los últimos sacramentos a sus parroquianos. A diferencia de las otras poblaciones que sufrieron la epidemia, los administradores aviñoneses no estuvieron a la altura de las circunstancias

y permitieron que los hospitales carecieran de todo tipo de material y que en las enfermerías y en la atención a los enfermos se produjeran los mayores desmanes, desde dejación absoluta de funciones a robos sistemáticos.

A 25 de octubre de 1721 se producían 80 muertes diarias y en los hospitales estaban ingresados 400-500 enfermos. A 31 de diciembre ya se contabilizaban 3.540 muertos y no fue hasta el 23 de enero de 1723, un año después, cuando llegó el permiso para que los ciudadanos pudieran comunicarse con el resto de villas y ciudades. En total, parece ser que murieron alrededor de 7.000 personas, aunque probablemente fueron más.